



REVOLUCIÓN Y SEXISMO

En esta ocasión, las mujeres parisinas que se proponían manifestarse para proclamar sus derechos y colocar una corona de flores bajo el Arco del Triunfo, mostraron escasa solidaridad: el intento quedó en minimanifestación.

ESTA segunda mitad del siglo tenía una cita con tres revoluciones, con tres movimientos de liberación: los pueblos colonizados, la juventud y la mujer. Parece que se están desarrollando. La de los pueblos colonizados tuvo un aspecto fulgurante cuando, hace diez años, la gran ola de las independencias convirtió África en un festival. Pronto se vería que la cuestión es más complicada, infinitamente más difícil y mucho más lenta. Sucede lo mismo con los movimientos juveniles y con los de la mujer. Estos aplazamientos, estas dificultades sorprendieron a sus utópicos protagonistas de la primera hora porque habían creído que sus libertades de sector o de grupo estaban estrechamente relacionadas con el final de la segunda guerra mundial. Aquella guerra tuvo una extraña duplicidad: siendo un clásico conflicto entre naciones, una lucha de hegemonías y grupos de capital imperial, era al mismo tiempo una revolución, una guerra civil. Parecía la guerra ideológica entre la libertad y el absolutismo, cada uno relacionó sus libertades individuales y de grupo con la victoria aliada, y pudo encontrarla en los textos fundacionales del mundo nuevo que prometía la victoria. Si para algunos la decepción fue inmediata, otros han podido mantener su esperanza más tiempo, por razones de su grupo, su geografía o su situación. Finalmente se ha podido ver que la victoria de 1945 no ha tenido ningún efecto en la libertad de la mayor parte de los ciudadanos del planeta.

Las mujeres de los Estados Unidos acaban de iniciar su revolución particular. Se lanzaron a la calle el 26 de agosto, el día en que se cumplían los cincuenta años de la enmienda constitucional que les daba el voto. Esta efemérides explica también algo: si durante cincuenta años el 51 por 100 —por lo menos— de la nación no ha conseguido, con todos los derechos cívicos y el uso del voto, mejorar sus propias circunstancias, es que algo falla en la democracia, que hay que buscar por otros medios. Unos días antes de la manifestación de masas, el Congreso de los Estados Unidos aceptó una enmienda constitucional que dice así: «La igualdad de derechos bajo la ley no será denegada o limitada por los Estados Unidos o por alguno de los Estados por razón del sexo». Lo ordenaba así la Carta de las Naciones Unidas hace veinticinco años («... la igualdad de los derechos de los hombres y de las mujeres, y de las naciones grandes y pequeñas...», segundo párrafo del preámbulo; «... el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales de todos, sin distinción de raza, de sexo, de lengua o de

religión...», capítulo I, tercer objetivo), y no parece que se haya cumplido. Ni está aún claro que se vaya a cumplir. La enmienda ha de ser ratificada por el Senado y, luego, por dos tercios de las legislaturas de los Estados. Se ven venir los argumentos para no aprobarla: la igualdad de derechos quedarán abolidas todas las leyes discriminatorias y las mujeres podrán ser llamadas al servicio militar, no podrán tener efecto los capítulos del código acerca de las violaciones ni la protección a la mujer encinta, a la madre lactante; desaparecerán las disposiciones laborales que limitan las horas de trabajo de la mujer y los esfuerzos que se le deben cargar; los hombres podrán recibir pensiones si se divorcian de una esposa más rica que ellos... Es decir, desaparecerá una compleja legislación proteccionista. Sin embargo, eso es lo que paradójicamente desear las mujeres: que no se las proteja más, desde el momento que la protección se ha convertido en una forma de opresión. Por ejemplo, la limitación de horas de trabajo para «proteger» a la mujer impide que pueda realizar horas extraordinarias, confiadas siempre a los hombres. Aceptan el servicio militar para hombres y mujeres, siempre sea voluntario para los dos sexos.

La doctrina del Movimiento de Liberación de la mujer está expuesta en el libro de Kate Millet, «Sexual Politics», que es el libro rojo de la revolución cultural. Las precursoras —y aún supervivientes y activistas— son Betty Friedan y Margaret Mead. Betty Friedan descubrió la cues en los cinco centenares de páginas de su «Mística femenina», en 11 páginas ansiosas, apasionadas, despechadas, amargas, inesperadas un momento en que se creía en el matriarcado americano. Su primer párrafo se ha hecho famoso: «Durante muchos años, el malestar está enterrado, inconfesado, en el espíritu de las mujeres americanas. una sensación extraña, un sentimiento de insatisfacción, una aspiración a otra cosa, que las mujeres de los Estados Unidos comenzaron a sentir a mediados del siglo XX...». Margaret Mead, por vía de la antropología y la sociología, había hecho un descubrimiento importante: la condición femenina no es un imperativo biológico ni anatómico, no es un destino marcado por los dioses o por los genes. Sus estudios de otras sociedades hicieron ver que los papeles respectivos del hombre y la mujer pueden variar enormemente según las civilizaciones que el patrón occidental no es el único posible, ni siquiera el más perfecto. Kate Millet es el Lenin de aquellos Marx. Sus puntos de vi

parecen en algunos casos muy distintos de lo que en otras zonas geográficas la mujer entiende como política liberadora.

Para Kate Millet se trata de realizar «una revolución cultural que debe comprometer necesariamente una reorganización política y económica, pero debe ir aún más lejos». La gran ruptura se producirá cuando desaparezca el modo de vida actual y común en Occidente: el patriarcado, que supone el dominio de un grupo sobre otro por el simple hecho del nacimiento (varón o hembra) y que configura la actual forma de la familia como una institución de régimen patriarcal y una célula de «lavado de cerebro sexista» (la palabra «sexista» es clave en todo este movimiento). Mediante este lavado de cerebro, los individuos de la familia se vuelven conformistas y se someten al Estado, «que gobierna a sus ciudadanos por medio de los cabezas de familia», puesto que el Estado es también patriarcal. Todo ello consagra el «poder macho»: los miembros de la familia son dependientes social y económicamente del jefe-macho. Dentro de la familia se preparan ya las futuras generaciones discriminadas: se enseña a la niña a cocinar y jugar con muñecas, al niño a ser agresivo y dominante. Los movimientos independentistas de los últimos años no han resuelto nada. En los más radicales comités de lucha universitaria o de derechos cívicos se ha visto a las hembras reducidas a la multicopista, a la máquina de escribir y a preparar «sandwiches» y café para los hombres que han sostenido la parte directa y dominante. La llamada «revolución sexual» ha sido contraproducente porque se ha limitado a hacer a las mujeres más disponibles, más fáciles y, por tanto, más objeto que antes. (Un manifiesto de grupo dice: «Nuestros cuerpos son territorio ocupado por el macho»; Laura X —una rebelde que ha anulado su apellido, imitando a Malcolm X— estima que pasar de «propiedad privada» a «propiedad pública» no representa ningún bien y que los hombres no se han vuelto «más humanos» por el advenimiento de la píldora.) El amor sexual tampoco es aprobado por Kate Millet. Es una trampa, una «manipulación emocional» que ayuda a subyugar a la mujer. El «chauvinismo masculino» es un sentido que tiene el hombre de que su virilidad es su patria. Anátoma contra escritores del tipo Norman Mailer, D. H. Lawrence, Henry Miller: sólo son capaces de indicar la libertad, la fuerza, la entereza de sus héroes presentándoles en el acto de subyugar y dominar mujeres.

En conjunto, esta ha sido la doctrina del movimiento del 26 de agosto, matizada por varios grupos de forma que aparece oposición entre sí: los hay que consideran que el aborto debe ser voluntario, libre y gratuito (pagado por el Estado), sin ninguna formalidad, y los hay que creen que debe prohibirse, como los grupos «Now» y «Few», que tampoco aprueban la lucha contra la guerra, que en otros grupos es esencial porque la consideran como un producto de la agresividad del machismo, y porque se sienten solidarias de la revolución de los pueblos oprimidos. Hay un gran número de grupos y están muy diversificados. Algunos tienen nombres pintorescos, como el «Bitch» (literalmente, «perra»; en sentido figurado, prostituta, con el mismo tipo de imagen que en castellano se dice «zorra») o como el «Witch» (Bruja), que esumen así algunos de los insultos más corrientes de los hombres para con las mujeres.

Así, los «individuos llamados hasta ahora mujeres», como ha dicho una de sus oradoras, se han manifestado y han anunciado el principio de su combate: una banderola en la estatua de la Libertad (otra ha considerado irónico que la Libertad esté representada por una mujer) pedía: «Mujeres de todos los países, uníos». En esto y en otros detalles, las formas revolucionarias se han mostrado miméticas y subsidiarias de otras revoluciones. Sin embargo, las formas radicales no ocultan suficientemente la calidad de moderada revolución burguesa que se pretende. Ha podido advertirse el 26 de agosto la escasa participación —prácticamente nula— de mujeres de raza negra: están comprometidas en una revolución de otra envergadura. La gradación de las revoluciones puede hacerse en razón de la insostenibilidad de situación a que están sometidos sus protagonistas; no parece dudoso que sea mucho más insostenible ser negro (de cualquier sexo) en los Estados Unidos que ser mujer. Por otra parte, a las mujeres negras no les conviene debilitar el poder masculino, por injusto que sea con respecto a ellas, que está en guerra con el poder masculino de los blancos o, por lo menos, lo estiman así.

Esta ausencia de las mujeres negras indica ya el principio de relatividad de esta revolución, aunque se pretenda internacionalizarla (y haya tenido una ramificación en París, dirigida por la novelista Christiane Rochefort). Cualquier mujer latina aspiraría hoy al «status» sexual, laboral, educativo y económico de estas rebeldes americanas como gran meta —como sueño imposible—; mientras, las del otro lado del Mediterráneo consideran a las de éste como la cumbre de la libertad. Y, al Norte, las suecas estiman que muchos de los objetivos que ahora se proponen las norteamericanas los han conseguido ya y no han supuesto para ellas una verdadera libertad. En todo ello se puede sospechar que hay algo utópico en los movimientos contra la opresión sexista, y debe ser que la idea de que la mujer pueda ser libre por sí sola en unas sociedades donde nadie lo es, no conviene a la realidad.

Vivimos en una sociedad donde todos somos opresores y oprimidos,

opresores y reprimidos, y ejercemos simultáneamente los dos papeles. La condición masculina no es precisamente envidiable en estos momentos. No es preciso recurrir a la frase gráfica del profesor George Stade, de la Universidad de Columbia, con respecto al «Sexual Politics» de Kate Millet, «Leer este libro es como sentarse con los testículos atrapados en un cascanueces», para poder decir que, siendo verdad que estamos en un mundo de hombres, creado por el hombre para sí mismo y dirigido por él, la opresión y la represión de la mujer también existe, desde la «madre castrante» de Freud hasta la tiranía del sexo, hasta la «mujer fatal», que no necesita tener las curvas de Mae West o las piernas de Marlene Dietrich, sino que puede ser la más diminuta y sensata mujercita de cualquier barrio. No parece, en realidad, que la sociedad esté construida por los hombres sobre las mujeres, o viceversa: a veces da la sensación de que las sociedades occidentales están inventadas por un «Ello», neutro y enemigo.

La rebeldía de la mujer americana es un fenómeno americano: por una parte, representa un problema más de una sociedad en descomposición, en la que hay un profundo malestar para cada uno de los sectores que dibujaban el mosaico y que están desintegrándose rápidamente. Es un síntoma más de una crisis de civilización en el que cada sector privado, cada grupo, cada entidad, se considera particularmente víctima y, a los demás, particulares verdugos suyos. Es, por otra parte, la expresión de un auténtico malestar sexista, de un auténtico sentimiento de la incomodidad de ser mujer que tiene un alcance universal. Ni uno ni otro problema pueden alcanzar una solución privada. Tiene razón Kate Millet cuando explica que se trata de una revolución total, política y económica, y aún más allá, estructural, sobre las formas del Estado y sus proyecciones, pero no podrá prosperar si no es un movimiento de hombres y mujeres conjuntamente y con unos mismos objetivos. Como el movimiento negro no podrá llegar a nada si no cambian las raíces de la sociedad en que se encuentra. Hubo un tiempo en que los países del tercer mundo quisieron ser neutralistas, es decir: aislarse, separarse, ser independientes de todo lo que estaba sucediendo en el mundo. No lo consiguieron, naturalmente. No hay neutralismos, no hay soluciones particulares. Se es varón o se es hembra, se es blanco o se es negro, o cobrizo o amarillo; se es proletario, intelectual, político, rentista, se vive en España, en Brasil, en Holanda o en Senegal... Es decir, se tiene una personalidad múltiple, dividida; se pertenece a distintos sectores y solamente una conjunción de las libertades en todos ellos permitirá una libertad total y auténtica. Por eso la revolución de la mujer —tan necesaria, tan imprescindible— no estará nunca terminada mientras no se estructure con las demás. Por ejemplo, la conquista del voto dio a la mujer una sensación de triunfo —como se lo da a los menores de veintidós años en los países que se lo van concediendo—, pero, prácticamente, no ha tenido significado. El significado final sería el de la lucha por que el voto tuviera valor en la democracia.

"Betty Friedan descubrió la cuestión en los cinco centenares de páginas de su Mística femenina, en 1963: páginas ansiosas, apasionadas, desechadas, amargas; inspiradas en un momento en que se creía en el matriarcado americano".

